

1848 Afortunadamente el H. Plata estaba ya en estado de poder caminar aunque con dificultad: acomodó en la mejor de las dos canoas de que disponía y él tomó para sí la menos segura. No habían navegado mucho cuando Dios quiso probar una vez más su paciencia: vuélcase la débil embarcación, la corriente arrebató casi todo cuanto lleva, pero el Señor le reserva la vida para otros trabajos que debía llevar á cabo por su gloria. Este lance desgraciado nos ha privado también á nosotros de algunos datos más sobre la última excursión del Padre Lainez, porque habiendo caído al agua un pequeño baúl en que iban los papeles, aunque se logró salvarlo, quedó la letra tan borrada que no ha sido posible descifrar su contenido.

Tampoco era dable á los dos misioneros perseverar muchos días en Mocoa á causa de su extrema penuria: partieron, pues, para Pasto. En esta ciudad tan religiosa y que, como veremos, hacía los mayores esfuerzos por tener en su seno una casa de la Compañía, fijó su residencia el P. Piquer, y aquí recibió la carta en que se le ordenaba salir á descansar, hasta ver qué giro tomaba el asunto de estas tan desgraciadas como interesantes misiones. Para terminar este punto, diremos que no se volvió á pensar más en ellas por parte del Gobierno que las procuró y volvió vergonzosamente atrás.

27—Colegios y Ministerios.

27)—Calmada un tanto la tempestad que, como arriba dijimos, se levantó en el Congreso contra la Compañía, la prensa periódica continuó la lucha: los periódicos liberales la atacaban, los conservadores la defendían con energía. Por otra parte la proximidad de las elecciones de Presidente traía los partidos políticos muy agitados, y como de todos los hechos precedentes se deducía claramente que del éxito de las elecciones dependía la suerte de la Compañía, los buenos trabajaban con calor en favor del candidato católico, y los demagogos, por ganarse votos, prometían no tocar para

nada á los Jesuitas, antes dejarles amplia libertad para sus ministerios. Así pasó todo el año de 48: los PP. contemplaban la lucha y dudaban mucho acerca de su estabilidad en la Nueva Granada: así lo escribía el P. Visitador á los Superiores de Europa; mas esto no obstaba para que pidiera unos seis sujetos que necesitaba para salir de apuros y compromisos. Como si tuvieran las mayores garantías de seguridad y los tiempos fueran bonancibles, se trabajaba en toda clase de ministerios con un ardor siempre creciente.

Los exámenes de fin de curso iban dando cada año mejores resultados lo mismo en Bogotá que en Medellín; á medida que iban aumentándose las asignaturas, aumentaba proporcionalmente la novedad y variedad especialmente en los certámenes públicos; mas en Popayan donde los niños se presentaban por primera vez en público, el entusiasmo fué indescriptible, y los alumnos en pocos meses habían cobrado tal afición al Colegio y á los PP. sus institutores, que no hubo dificultad en realizar aquí lo que en vano se pretendería en otras partes, á saber, que los niños pasasen el tiempo de vacaciones al lado de los mismos que les dirigieran durante el curso, medida utilísima que, aplaudida por los padres de familia y aceptada gustosamente por los alumnos, produjo admirables resultados.

Después de tomado algún descanso, concluidas las tareas del curso, salieron algunos PP. de cada Colegio á misionar por los pueblos de su respectiva Provincia, recogiendo en todas partes copiosísimo fruto. Los de Bogotá dieron misión en Choachí y Bojacá, los de Medellín en Amalfi y Barbosa, los de Popayan en Silvia y Buenos-Aires. Y porque se vea la feliz disposición de aquellas gentes para recibir la palabra de Dios, referiremos una misión singular. Caminando el P. Trapiella á las misiones de Cerrezuela, encontró en la vía que lleva á la Mesa unos 130 presidiarios ocupados en arreglar el camino, los cuales hacía mucho tiempo que no

1849 recibían los Santos Sacramentos porque no había quien quisiera confesarlos. Compadecido el P. quedóse allí con ellos, les predicó, les confesó y alzando un altar en medio del Campamento celebró la Santa Misa, les dió la Comunión y repartió algunos objetos de devoción. Más de 400 personas de las inmediaciones concurrieron á presenciar aquel edificante espectáculo.

28.—Residencia en Pasto.—1849.

28)—Apenas restablecida la Compañía en la Nueva Granada, la ciudad de Pasto, como lo hemos apuntado ya, hizo tantas solicitudes por tenerla en su seno, que desde 1845 el General Herrán, Presidente entonces de la República, dió un decreto para que se abriese en aquella ciudad una Residencia que sirviese de casa de escala para las Misiones del Caquetá. No pudo entonces ponerse en ejecución este proyecto por la falta de sujetos; mas no por esto desmayaban los buenos Pastusos, antes bien parecía que las dificultades encendían más su afecto á la Compañía, y esforzaban sus esperanzas, á cuya conservación contribuyó no poco el P. Lainez que en su paso para Mocoa se había detenido allí algunos días. Ultimamente, en el año anterior habían hecho mayores y más positivos esfuerzos: habían organizado una sociedad de padres de familia, la cual se dirigió directamente al Gobierno por medio de sus representantes en las Cámaras, pidiéndole su apoyo para obtener un Colegio de la Compañía, para cuyo sostenimiento tenían ya asegurada alguna renta; mas del Gobierno no obtuvieron más respuesta sino que se dirigieran inmediatamente á los Superiores de los Jesuitas. Hiciéronlo así por medio de los Representantes mismos, por medio de los PP. de San Felipe Neri, y finalmente, por un comisionado de la junta sobredicha de padres de familia. Recibía con placer el P. Visitador las reiteradas peticiones de los Pastusos por el mucho bien que esperaba de sus buenas disposiciones, pero por de pronto no podía ofrecerles Colegio; prometiéndoles á lo menos una Residencia, que fué aceptada con

1849 increíble entusiasmo. Con este objeto había ya escrito el R. P. Visitador al P. Lainez para que saliera á Pasto, mas la carta, como dijimos, le encontró ya muerto: ordenó entonces al P. Blas que fuese él en persona á arreglar aquella casa, y en efecto partió á principios de Enero llevando consigo al P. Eladio Orbezo y al H. Francisco Fruffo, que con el P. Piquer, que ya les aguardaba allí, debían formar el personal de la nueva Residencia. Fueron recibidos con un afecto y entusiasmo cordialísimo, y causaba edificación y ternura oír á aquella buena gente dar gracias al Señor por aquel beneficio que ellos llamaban milagroso. Los PP. del Oratorio celebraron varias misas solemnes de acción de gracias por tan singular favor.

Alojáronse los PP. en una casa que, como escribía el P. Blas, no tenía de bueno más que estar muy conforme con la pobreza religiosa, pero ofrecía la comodidad de estar contigua á la Iglesia donde comenzaron á ejercer los ministerios. Establecieron por de pronto una plática doctrinal los jueves y un sermón moral los domingos: esto bastó para que comenzase á acudir tanta gente al confesionario que los tres PP. apenas tenían tiempo para satisfacerla. Sin embargo, aquello no era más que un ensayo: el P. Blas había conseguido su objeto, que era reconocer el terreno cuyo cultivo iba á comenzar: era un herial. La ciudad de Pasto cuenta de 13 á 14.000 habitantes, de los cuales sólo unos 600 solían cumplir con el precepto pascual; las costumbres por otra parte eran sencillas y generalmente sanas, el carácter muy religioso, el clero aunque escaso no faltaba; de dónde, pues, tan lamentable abandono? De un rigorismo jansenístico tan descomunal, que había logrado por arte diabólico obstruir el camino de la penitencia. Reconocida la raíz del mal, no era difícil el remedio: abrióse la misión, y en ella, aunque las verdades eternas ocuparon su debido lugar, se puso mayor esmero en la explicación de la doctrina, con la cual

1849 instruido aquel piadoso pueblo, acudía en tal número al confesonario, que no era posible dar abasto: á los pocos días se hizo una comunión de más de 2.000 personas, es decir, de las que habían alcanzado á confesar los misioneros; poco después con la primera comunión de los niños otra tan numerosa como la anterior. Aunque los sermones de misión cesaron, esta no puede decirse que haya concluido, porque las doctrinas seguidas de sin número de confesiones no se interrumpieron en toda la cuaresma y aún continuaron después de la Semana Santa.

29.—Vi-
sita á
Medellín.

29)—Tales y tan consoladores fueron los principios de la Residencia de Pasto; luego veremos sus rápidos progresos. Los Colegios habían comenzado con nuevos bríos sus cursos, libres é independientes del régimen universitario, pues así lo permitía la ley de instrucción pública sancionada en la última legislatura, aunque observando el mismo número y orden de asignaturas, para que los alumnos pudiesen optar á los grados académicos. Todas las casas procedían con regularidad; ya el P. Visitador había logrado del Sr. Arzobispo Mosquera la cesión de las pensiones de los internos, que en los cursos anteriores habían siempre quedado en manos del síndico de ambos Seminarios, dejando de aparecer los PP. como profesores asalariados, aspecto repugnante á todo el que profesa pobreza voluntaria. A lo menos en la apariencia reinaba la calma y serenidad, pues preocupados todos los políticos en la cuestión de elecciones, no era tiempo oportuno para tratar directamente de Jesuitas, si bien la suerte de estos entraba en las miras de ambos partidos. Quiso, pues, aprovechar estas treguas el P. Gil para visitar el Colegio de Medellín, y marchó allá el 2 de Enero, acompañado del P. Moral, prometiendo volver á Bogotá para los días peligrosos de las elecciones; pero Dios lo había dispuesto de otra manera: una fiebre maligna le atacó apenas llegado á Medellín, que puso á riesgo

su vida y retrasó su vuelta mucho más de lo que pensaba. 1849

30)—Durante los tres últimos periodos presidencia-
les había logrado conservarse en el poder el partido ministerial ó conservador, no sin gran trabajo, y aun teniendo que apelar á las armas para sofocar intentonas liberales. Estos, á lo que parece por los desaciertos de Mosquera, habían logrado robustecerse un tanto y trabajaban con ardor por apoderarse del solio presidencial. Ciertos representantes de los más avanzados del partido, viendo que no figuraba en sus líneas ningún hombre de valer capaz de competir con los candidatos ministeriales, formaron un programa que contenía los siguientes puntos: 1.º Vuelta del General Obando, desterrado como principal cabecilla de la revolución del año de 40.—2.º Expulsión de los Jesuitas.—3.º Persecución á la familia Mosquera.—4.º Aumento de derechos sobre la industria extranjera.—5.º Franquicias sobre el tabaco, las salinas, etc. Quien quisiera optar á la candidatura liberal debía comprometerse bajo su firma á llevar á cabo todos estos artículos del Programa. Propusieronlo primero al General José Joaquín Barriga, ofreciéndole los votos del partido á condición de aceptarlo; mas él como militar honrado lo rechazó. Pasaron al Dr. Florentino González, rojo avanzado á quien ya conocemos, el cual con su característico orgullo contestó que era capaz de eso y mucho más, pero que de ningún modo lo firmaría. Acudieron, por fin, al General José Hilario López, hombre débil y de pocos alcances, pero de mucha ambición, el cual no tuvo dificultad en dar su firma y comprometerse á todo. Quedó, pues, decidido el candidato demagogo. Los conservadores estaban divididos: opinaban unos por D. Rufino Cuervo, otros por el Dr. Gori, ambos muy estimados en su partido, el primero como político, el segundo como hombre de ciencia. Comenzaron los trabajos eleccionarios, con gran calor. Los rojos, que,

30.—El
Presiden-
te López.

1849 como ya es sabido, en semejantes ocasiones no escasean el dinero, ni las promesas, á los artesanos prometían echar por tierra la industria extranjera, para favorecer la del país: á los propietarios halagaban prometiéndoles franquicias. López por su parte trabajaba por sí, ofreciendo á unos una cosa, á otros otra: á los enemigos de los Jesuitas su expulsión, á los amigos la conservación: el contradecirse no les daba cuidado, con tal de ganar votos, y en efecto, consiguieron hacer caer en sus redes á no pocos incautos.

Llegó el 7 de Marzo designado para las elecciones: comenzáronse pacíficamente, mas como al cabo de repetidos escrutinios ninguno de los dos principales contrincantes obtuviese mayoría, exasperados los rojos dieron su señal convenida y penetró en la Iglesia de Santo Domingo, donde el Congreso estaba reunido, una gavilla de foragidos que, con puñal en mano, amenazaban á los electores del partido contrario. Desde aquel momento todo fué confusión: unos protestaban contra semejante atentado, que violaba la más sagrada de las libertades, otros trataban de huir, otros se disponían á defenderse; el Gobernador arengaba, la guardia esperaba órdenes que nunca se le dieron: Mosquera, ó cómplice de todo lo acaecido, como algunos quieren, ó temeroso de la persecución premeditada contra su familia, como piensan otros, se quedó encerrado en su palacio. En medio de tal tumulto y confusión, se procedió por último al escrutinio de la última votación, en el que, ó por haberse algunos retirado, ó por miedo al puñal, es lo cierto que López sacó una insignificante mayoría. Tenían, pues, los demagogos un Presidente á su placer, y sacado de las urnas electorales á punta de puñal, con afrenta de la civilización y libertad por ellos tanto decantadas. Siguiéronse, como es de suponer, los vítores y demás manifestaciones de regocijo, no ciertamente del pueblo bogotano, sino de la gavilla desenfrenada que celebraba su triunfo salvaje: mas

1849 pasados aquellos primeros arranques, sucedió el silencio y la calma: toda la ciudad presentaba un aspecto lúgubre, pues hasta los mismos demagogos quedaron como estupefactos de su funesta victoria. Por lo demás las disposiciones que dominaban los primeros días en el partido vencedor nos las declara un testigo el más fidedigno, el Sr. Arzobispo Mosquera, quien dos días después de la elección de López, escribía al P. Visitador estas palabras:

...«Estos días han sido crueles: mi vida como la de Ospina, Marquez y otros ha estado en gran peligro. Lo hemos sabido muy de cierto, y los mismos que antes creían que yo recelaba demasiado me aconsejaron precauciones para evitar el lance. Temo mucho que se encienda la guerra civil, porque la elección del Presidente ha sido obra de coacción y puñales. La sociedad fermenta y no puede menos de hacer explosión. En estos días aparecerá el proyecto contra la Compañía en las cámaras: no sé todavía sus términos, pero por los antecedentes creo que sea derogando el decreto de 1842, con declaratoria en que quedan suprimidos los Colegios de Misiones, y disponiendo que los misioneros que vinieron y no quieran quedarse como ciudadanos se les dé viático para que se vayan. Esto es lo que se deduce de lo que se les oye; bien que no falta quien proponga una expulsión solemne. También se me ha avisado que otros proyectan quitarme el Seminario. No sé hasta donde vayan, pero las intenciones no pueden ser peores».

En efecto, los liberales más furiosos se daban prisa para llevar á cabo sus malignos intentos de persecución contra los Jesuitas: muy presto apareció en las cámaras el proyecto de expulsión; sin embargo, á pesar de la exaltación de aquellos días parece que cayeron en cuenta de lo impolítico é inoportuno que sería tratar cuestiones tan odiosas para la inmensa mayoría de la República y aun de las cámaras, cuyos miembros

1849 en su mayor y mejor parte eran conservadores y opuestos á aquella medida, especialmente en tales circunstancias. Se prescindió, pues, absolutamente de este asunto y se guardó sobre él el más completo silencio, mientras estuvo reunido el Congreso. El Presidente por su parte se mostraba tan familiar y afectuoso con los PP. como lo había sido en Popayan, en cuyo Colegio había comido con ellos el 1 de Enero de aquel mismo año: siempre que se le tocaba este asunto, ofrecía que él nunca daría semejante paso, y á los que le urgían el cumplimiento de su compromiso, les iba dando largas. Tal conducta de parte de aquel hombre vendido á los enemigos de la Iglesia y de la Compañía, iba haciendo renacer la esperanza y restableciendo la calma en los corazones de los Jesuitas y de toda la Capital; atendido, sin embargo, el modo de expresarse de los periódicos del mal partido, y á que estos no suelen respetar ni lo más sagrado para llevar á cabo sus perversos intentos, nadie se daba por seguro, y con razón se recelaba hasta de las buenas palabras del General López.

31.—Medellín.

31)—Tales recelos, sin embargo, no eran parte para entorpecer, ni aun entibiar el ardor del trabajo en todos los Colegios, así en la enseñanza como en todos los demás ministerios. El P. Visitador, ya que por su enfermedad no había podido volver á Bogotá para la época crítica de las elecciones, no tenía que apresurarse y se detuvo arreglando con tranquilidad los asuntos de Medellín. El Sr. Obispo Gómez Plata continuaba haciendo instancias porque la Compañía se encargase de su Seminario de Antioquia, por lo cual hubo de ir á aquella ciudad para poder juzgar por sí mismo del edificio y demás condiciones del contrato para dar cuenta á Roma con datos ciertos. La Iglesia de San José, aunque no del todo concluida, estaba ya en disposición de poder servir, y tuvo un estreno digno del fervor y constancia con que el pueblo de Medellín había emprendido aquella obra: tal fué la celebración del mes

de María. El P. Visitador alternando con todos los demás PP. predicaba todas las tardes á un auditorio mayor del que podía abrazar en sus tres naves el espacioso templo, con el fruto consiguiente de confesiones y comuniones, cual si fuera una prolongada misión. Grande incremento recibió la piedad de los fieles con estas solemnidades, y las que continuaron celebrándose en San José, y este fué un nuevo triunfo de la Iglesia y la Compañía producido por las persecuciones de Lince y su comparsa.

También quisieron aprovecharse de la presencia del P. Visitador los dueños del Colegio de San José para hacer la donación de él á la Compañía con todas las formas legales. El señor D. Juan Mora Berrio y sus tres socios en esta empresa tan benéfica para la provincia de Antioquia, así como tan espontánea y gustosamente habían empleado su dinero en la compra de aquella casa y solar, así también llevaban muy á mal que pudiera llegar á ser presa de los injustos espoliadores de la Iglesia y de las órdenes religiosas, los cuales en nuestros infelices tiempos se enriquecen con sacrílegas rapiñas; acordaron, pues, otorgar la escritura de donación condicionalmente, es decir, que si por cualquier evento la Compañía llegara á ser expulsada ó privada de poseer bienes raíces, la donación quedaría por el mismo hecho anulada y debería volver á manos de los donantes ó de sus legítimos herederos, los cuales á su vez debían restituirla á los Jesuitas en cualquier tiempo que fuesen restablecidos en Medellín, si la propiedad no hubiese sido enagenada (*). Esta

(*) Cuando en 1886 el General D. Marceliano Vélez entregó á la Compañía el Colegio Provincial de Medellín, el antiguo Colegio de San José, que por muchos años había logrado conservar el celo del Sr. Canónigo Jiménez ocupado en usos de beneficencia, se hallaba muy dignamente empleado en un Colegio de Niñas dirigido por las Religiosas de la Presentación. Buena parte de él había sido ya enagenado, rescatando el Sr. Jiménez los respectivos lotes para no desmembrar el edificio. De acuerdo con el Sr. Obispo